

MISION DE LAS ASOCIACIONES CRISTIANAS DE TRABAJADORES

SUMARIO: El trabajador cristiano es el misionero de la Iglesia en la clase obrera.—Necesidad de unión conseguida a través de las asociaciones cristianas de trabajadores.—Su sello característico: el apostolado.—Su misión en general: formar ciudadanos conscientes y católicos militantes; conquista para Cristo del obrero por el obrero.—Su misión en concreto: I. Para sus propios miembros en Células de apostolado cristiano moderno.—Hacer sentir la presencia de Cristo en el mundo del trabajo; realizar el concepto cristiano del trabajo; alegría en el trabajo; uso cristiano del tiempo libre. ¿Promoción obrera o elevación del proletariado? Espíritu cristiano integral.—II. Para otras instituciones son Vivero de virtudes y de hombres competentes.—Sus relaciones con los Sindicatos: hipótesis de libertad sindical; hipótesis de unidad sindical.—Relaciones con la política: como organización han de mantenerse al margen.—Relaciones con lo temporal: no pueden desentenderse.—Relaciones con el movimiento obrero.—III. Ante un nuevo orden social: corporativismo.—Formación de la clase obrera; Mística obrera cristiana; ¿Cofradías?—Epílogo. En la vanguardia de la evangelización de la clase trabajadora. En esta labor han de colaborar todas las clases de la sociedad. Las asociaciones cristianas de trabajadores son la presencia de la Iglesia en el ambiente obrero y a su vez la presencia de la clase trabajadora en la Iglesia.

En una audiencia pontificia, un numeroso grupo de trabajadores rodeaba a S. S. Pío XII, quien iba estrechando uno a uno sus manos. Un muchacho, al tener la suya unida a la del Papa, exclamó: «Mi padre es comunista; yo lo convertiré». Su Santidad abrazó llorando al muchacho, le apretó contra su corazón y se dirigió después a los obreros: «Las misiones del interior, en fábricas y ambientes de trabajo, serán muchas veces más importantes y difíciles que las del exterior. Yo os nombro misioneros del interior. Sois los misioneros de la Iglesia en la clase obrera».

He ahí resumida en una anécdota la misión del trabajador cristiano. Ahora bien, esta misión, si se quiere ver realizada en toda su amplitud, necesita de un aglutinante externo. No se trata de agrupar simplemente a los trabajadores cristianos, sino de unirlos en orden a una misión determinada y con unos métodos comunes de acción. Esta visión y estos métodos han sido

dados a conocer en lo doctrinal en varios discursos de Pío XII. Por otra parte, las Asociaciones Cristianas de Trabajadores, al enfrentarse con los problemas planteados a la clase obrera, han aplicado las directrices de la Iglesia: ha sido un confrontar la doctrina con la realidad. Como consecuencia se ha logrado delimitar sus funciones y concretar su misión.

Su sello característico y su misión en general

Conviene notar ante todo que las asociaciones objeto de este estudio con las que *jurídicamente* pueden llamarse cristianas, por depender de alguna manera de la autoridad eclesiástica. Pío XII, al dirigirse a las asociaciones cristianas de trabajadores, se refiere exclusivamente a las que tienen un carácter apostólico. Bajo esta denominación se incluyen aquellas organizaciones cuyo fin principal es formar moral, religiosa y culturalmente a sus miembros y conquistar para Cristo a la clase trabajadora. Esto no excluye el que dentro de su fin específico puedan tener obras marginales de carácter económico, de previsión o asistenciales. Con todo, lo religioso les atañe primordialmente. Otras agrupaciones obreras podrán, si lo creen oportuno y con la aprobación eclesiástica, realizar accidentalmente, secundariamente, una tarea apostólica complementaria, pero no como fin primario suyo, y mucho menos en exclusiva.

Ejemplo de estas obras marginales económico-sociales creadas en buena parte gracias a la labor de formación de organizaciones culturales y apostólicas lo tenemos en Bélgica. La JOC ha sido el auténtico fundamento y escuela de dirigentes de todo el Movimiento Obrero Cristiano belga y aun mundial. Este Movimiento, MOC, agrupa obras económico-sociales (Sindicatos, Mutualidades, Cooperativas) y organizaciones culturales y apostólicas (JOC, Equipos Populares).

De todo esto podemos deducir que el campo de acción de estas asociaciones, aunque limitado en su origen, puede llegar a tener una amplitud considerable, si se tiene en cuenta que de ellas pueden salir los dirigentes no sólo de otras asociaciones obreras, sino también de la sociedad. Es misión suya el formar los ciudadanos conscientes de la patria, los católicos militantes que estén dispuestos a defender a Cristo y a su Iglesia por encima de todo.

Pío XII resume así este sello característico: «La profunda razón de ser de vuestra asociación, como de toda otra asociación católica, se ha de buscar no en el temor de otros movimientos ni en la lucha contra otros, ni tampoco en aquel sentido de solidaridad que une a los miembros de una misma clase, sino en el deber íntimo y en el celo que sentís como católicos de haceros apóstoles de Cristo ante vuestros hermanos que ignoran o rechazan su mensaje salvador» (1-V-1956).

Hay que conocer de cerca a estos apóstoles obreros, agrupados en asociaciones, que revisten diversos nombres y modalidades, pero que están unidos por un heroísmo y abnegación llevados a cabo como algo corriente. Día

tras día luchan por conquistar para Cristo a sus compañeros de trabajo, por capacitarse cada vez más.

En las normas de especialización dictadas con carácter general por la Jerarquía en España, y aprobadas por el Sumo Pontífice, se consignan como finalidades principales de la Acción Católica Obrera, el «difundir en todo el ámbito de la nación, entre las clases obreras, un alto ideal de conquista espiritual del pueblo para Cristo, y de conquista social de un sano bienestar para todos. Nuestra Hermandad Obrera de Acción Católica concreta así su misión: «Integrar con sabiduría y discernimiento el apostolado de los obreros en la economía general del apostolado del hombre moderno». Es la conquista para Cristo del obrero por el obrero, según los deseos de Pío XI en la «Quadragesimo anno».

Su misión en concreto: I. Para sus propios miembros son células de apostolado cristiano.

El documento básico del presente trabajo es el discurso de Pío XII a las Asociaciones Cristianas de Trabajadores Italianos (ACTI), del 11 de marzo de 1945, completado con otros documentos dirigidos en su casi totalidad a las mismas. El Papa empieza preguntándose: «¿Qué son las Asociaciones Cristianas de Trabajadores para sus propios miembros?». La respuesta no puede ser más categórica: «Ante todo son células de apostolado cristiano moderno».

La vida moderna, con su gran movilidad y la apostasía del mundo del trabajo, exige nuevos métodos de apostolado: el ministerio sacerdotal resulta insuficiente; los prejuicios de la clase trabajadora para con la Iglesia son enormes. La acción cristianizadora de la Parroquia recibe una ayuda eficaz con estas células complementarias que llegan mucho más lejos de lo que puede llegar el párroco por sí mismo, y que «mantienen, cultivan y custodian en el mundo del trabajo el fundamento religioso y moral de la vida, de manera siempre adaptada a las circunstancias especiales de cada momento» (11-III-1945).

Los enemigos de Cristo sacan provecho de todas las circunstancias: el taller, la fábrica, el barrio, se convierten en focos de ideas malsanas; allí se envenena a los trabajadores...; allí hay, pues, que acudir para lanzar otras ideas en pugna con aquéllas, que aireen un ambiente viciado por el materialismo y la inmoralidad, y lleven consigo una corriente vivificadora. Esta labor no es sólo indispensable donde el aire está ya enrarecido, sino también donde todavía se conserva puro, «porque en todas partes las condiciones prácticas y cotidianas del trabajador asalariado desconciertan las inteligencias hasta de los hombres profundamente creyentes, y suscitan problemas que mientras tocan los intereses políticos y morales exigen el socorro y la asistencia de la Iglesia» (11-III-1945).

Su primera misión es, pues, hacer sentir la presencia de Cristo en el mundo del trabajo, en sus familias, entre sus propios miembros: «No olvi-

deís jamás que vuestra primera preocupación es la de conservar y acrecentar la vida cristiana en el trabajador» (1-V-1955). «Hay artes y oficios a los que parece inherente casi por instinto natural el ejercicio del apostolado. Pensad en el maestro, el educador, el escritor, el médico, el enfermero. ¿No son ellos acaso como los auxiliares natos del sacerdote? Mirad también a los que en su carrera de empleados obtienen el oficio de jefes: ¿quién podrá dudar de que éstos pueden practicar el celo de las almas? Con razón asimismo se ha hablado de la acción social, es decir, apostólica, del jurista, del oficial, del ingeniero. Pero también en los oficios manuales del obrero, del artesano, del agricultor, el ardor apostólico, por poco que encienda el corazón, sabe encontrar fácilmente pábulo a su llama e inflamar a los otros» (20-IX-1942).

Concreciones: Concepto cristiano del trabajo

Pío XII señala algunos puntos en que concretar esta vida cristiana. En primer lugar cita la santificación de la vida mediante una concepción verdaderamente cristiana del trabajo. Concepción fundada en el ejemplo de Cristo, que comenzó a trabajar antes que a enseñar, y a ser humilde obrero antes que Maestro de todas las gentes; fundada en la idea de que el trabajo es un servicio de Dios, y «aunque es cierto que muchas veces hace sentir la fatiga hasta dolorosa y áspera, sin embargo, en sí mismo es hermoso y capaz de ennoblecer al hombre porque prosigue, en cuanto produce, la labor iniciada por el Creador y forma la generosa colaboración de cada uno al bien común» (27-III-1949).

Alegría en el trabajo

Es una consecuencia de lo anterior. Quienes consideren la dignidad del trabajo tendrán mucho conseguido en orden a trabajar no a la fuerza, sino con alegría, con elevadas aspiraciones. Disposición expresada gráficamente en aquella tan conocida anécdota de tres canteros: uno considera su trabajo como una carga insoportable, otro ve los frutos que le reporta, el tercero trabaja entusiasmado porque está levantando una catedral... Cuando la sociedad logre este entusiasmo profesional habrá dado un gran paso hacia una mayor felicidad posible en esta vida. Pero ¿cómo conseguirlo?

Hoy la clase trabajadora y en general casi todas las clases sociales carecen de conciencia profesional. La raíz está en que no se ama el trabajo. Pero ¿cómo se puede amar, si no se halla en él satisfacción alguna?: ¿Satisfacción material? Imposible con un salario insuficiente. ¿Satisfacción espiritual?: ¿Por trabajar por el bien común? Se necesita temple de héroe para destrozarse la propia vida sin esperanza de gozar de los frutos que reporta este deshacerse continuamente por los demás... ¿De saber ver en el trabajo un complemento de la labor divina? Si se le hubiera enseñado esta concepción cristiana del trabajo...; pero no se le enseñó nada de esto, y sólo aprendió a considerar el trabajo como una carga insoportable... Si llegó con algún ideal

a su primera hora de trabajo, ya se cuidaron el ambiente y las circunstancias laborales de ahogar en flor lo que quizá era fruto de grandes esfuerzos de educadores...

Uso cristiano del tiempo libre

Complemento de la misión cristianizadora del trabajo, es el uso cristiano del tiempo libre, la santificación del domingo y de las fiestas, la vida de familia. Es este un problema cuya magnitud y trascendencia nos obliga a considerarlo aunque sólo sea de paso.

En primer lugar, se presenta la falta de tiempo disponible en nuestras clases trabajadoras. Con la jornada de ocho horas no se alcanza lo suficiente para la vida... Es necesario hacer horas extraordinarias, añadir media jornada y a veces incluso jornada entera..., dedicarse a trabajos complementarios, chapuzas, como le llaman algunos... Las consecuencias son a todas luces evidentes: agotamiento del trabajador, descenso del rendimiento, desaparición de la vida de familia, imposibilidad de acercarse por la Iglesia, incapacidad para todo esfuerzo mental en orden a completar la propia cultura...

En la solución de este problema poco pueden hacer las asociaciones de que tratamos. Intervienen múltiples factores, entre los que no juega ciertamente papel secundario lo bajo de muchos salarios, lo reducido de nuestra renta nacional, y lo que es peor, la mala distribución de la misma entre los diversos estratos sociales. Es labor de todos el conseguir que nuestras clases trabajadoras vuelvan a disfrutar de la jornada de ocho horas, conquistada con tanto esfuerzo por las generaciones pasadas. Con todo, supongamos que mañana es ya realidad esta reducción de la actual jornada de trabajo. ¿Estaría de acuerdo con ello el trabajador, aun supuesto un salario digno? ¿No se dejaría llevar por la inercia y paulatinamente volvería a prolongar su jornada, cayendo de nuevo en los males que se pretendía obviar?... Es misión de las asociaciones obreras el ir encaminando a sus miembros hacia el aprovechamiento cristiano de los tiempos libres que se logren. Sólo así será posible la deseada elevación del proletariado: nuestras clases trabajadoras necesitan cultura; mientras no se les dé tiempo para alcanzarla, la sociedad permanecerá estática en la injusticia, o lo que es peor, dinámica en el desequilibrio económico y social, con tendencia al caos, en vez de avanzar hacia el progreso.

¿Promoción Obrera o Elevación del Proletariado?

Hemos hecho referencia a la elevación del proletariado. Esto nos lleva a decir una palabra acerca del concepto cristiano de la llamada Promoción Obrera. Este término, que empieza a usarse también en España, y sólo insinuado por el Papa, se identifica inadecuadamente con el término tantas veces repetido por Pío XII de la elevación del proletariado. Elevar al pro-

letariado, en la mente del Sumo Pontífice, supone la colaboración de todas las fuerzas vivas sociales, incluidos los mismos interesados. Es la realización práctica de la doctrina del Cuerpo Místico.

La Promoción Obrera, tal como suele entenderse en las organizaciones obreristas, aun católicas, supone por lo menos un prescindir de la ayuda de las otras clases o fuerzas sociales. La clase trabajadora, por sí misma, espera promoverse al sitio que realmente tiene derecho para que sea reconocida en su plenitud la dignidad humana y la del trabajo. Si esta exclusividad no supone lucha de clases, o dictadura del proletariado, moralmente no habrá nada que decir. En el orden práctico, resultará muy difícil de conseguir esta promoción así entendida, y más todavía si se quiere evitar el escollo de la lucha de clases.

Es cierto que los trabajadores han de laborar colectivamente por su promoción social, prescindiendo de si se les ayuda o no, pero no deben rechazar la ayuda cristiana, fraternal, a la que están obligadas las otras clases sociales y todas las fuerzas vivas de la sociedad. Hemos dicho fraternal porque quizá la desviación apuntada sea debida a una ayuda paternalista que hiere la dignidad del trabajador, deforma a nuestras clases trabajadoras y retrasa la hora de su legítima participación en la vida nacional.

Espíritu cristiano integral

En la tarea encomendada a las asociaciones cristianas de trabajadores no hay que olvidar que para elevar cristianamente a la clase obrera es preciso impregnar de los verdaderos principios de Cristo toda la vida del trabajador, como sería necesarísimo hacerlo con las demás clases sociales.

En este punto conviene «considerar las cosas prácticamente y con toda sinceridad». Pío XII es padre solícito que defiende a sus hijos de la injusticia, pero su amor no le ciega: en sus documentos proclama la verdad para todos sin distinción social: un día a los nobles y patricios romanos, otro a los comerciantes o industriales, otro a los gobernantes..., y también les llega su turno a los trabajadores. Citemos algunos párrafos suficientemente claros para poder prescindir de comentarlos:

«Hay por todas partes una sensación de malestar y de disgusto. El trabajador no está contento con su suerte y la de su familia. Asegura que lo que gana no es proporcionado a sus necesidades. Ninguno como la Iglesia ha defendido y defiende las justas peticiones de los trabajadores. Pero semejante desproporción e insuficiencia ¿se debe siempre únicamente a la escasez de lo que se gana? ¿No entra en ello para nada el aumento de las necesidades? Sin duda alguna que hay necesidades que tienen que ser satisfechas urgentemente. Los alimentos, el vestido, la habitación, la educación de los hijos, lo necesario para el alma y para el cuerpo. Pero queremos aludir a otras exigencias que demuestran de qué manera la moderna y anticristiana ansia de placer y la despreocupación tienden a penetrar también en el mundo obrero. Las arduas circunstancias económicas del tiempo de la

guerra hicieron perder hasta la posibilidad del ahorro. Pero hoy todavía no se ha vuelto a su sentido ni a su idea» (29-VI-1948).

El Papa se pregunta cómo en semejantes condiciones de espíritu se puede tener una conciencia clara y recta para el desempeño de las múltiples responsabilidades que la hora presente va ofreciendo al mundo del trabajo: administración de los bienes y servicios de sus organizaciones, participación en la dirección de la economía del país, en la gestión de las empresas... De ahí se sigue la misión, tan difícil e importante, de las asociaciones obreras, de «promover en cada uno el espíritu de parsimonia cristiana, de cuidadosa delicadeza en todo lo que se refiere al bien común, para que siempre prevalezcan en aquellos que tienen plena conciencia de su responsabilidad» (29-VI-1948).

Ciertamente que no toda la culpa de esta irresponsabilidad está en la clase trabajadora: la dureza de su trabajo, la continuada humillación a que se veía sometida por clases más elevadas, su arrinconamiento social... le han llevado a buscar la compensación de sus males en el materialismo. Lo admirable es que después de todo esto queden todavía virtudes morales enraizadas en la clase trabajadora... Los ejemplos que de continuo recibe de otras esferas sociales, el ambiente que respira por doquier, le estimulan en su afán desmedido de diversiones y placeres, aun a costa de lo sustancial para la vida.

Ante este problema, no hay que buscar la solución en menguar todavía más los ya demasiado escasos ingresos del trabajador, sino en formarle por una parte con el ejemplo de todos, y por otra mediante la ayuda de los mejores de entre ellos, en las organizaciones obreras. «El sueldo o salario no son las fuentes únicas de riqueza para el hogar doméstico. Los conocimientos adquiridos en la escuela, o los que se refieren al propio oficio, arte o industria, la salud física, el bienestar de la madre y del niño, una habitación sana y limpia, son elementos que concurren también al embellecimiento y a la alegría del hogar, con gran provecho de los miembros de la familia. ¡Qué magnífico campo de trabajo éste para las asociaciones cristianas de trabajadores!». Las otras clases sociales pueden y deben cooperar a la educación del pueblo, «pero éste debe estar íntimamente dispuesto a cooperar en este trabajo apostólico, a querer ayudarse a sí mismo, a tener de sí mismo un concepto alto y verdaderamente cristiano» (29-VI-1948).

Como resumen del primer punto de la misión de las asociaciones cristianas de trabajadores, citemos las palabras de Pío XII, en 1 de mayo de 1956: «Mantened intacto y firme el fundamento religioso cristiano de vuestras agrupaciones... Cualquiera que pueda ser el porvenir del mundo del trabajo, siempre será necesario que un grupo mayor o menor de apóstoles imprima o mantenga en la vida social el sello del reino de Cristo, actuando o sosteniendo los valores que aprecia sumamente todo hombre y todo trabajador maduro y consciente, como son la justicia, la libertad y la paz en la colaboración positiva de las clases».

II. *Para otras instituciones son vivero de virtudes y de hombres competentes*

En la mente del Papa figuran todas las instituciones públicas en las que es necesaria la contribución de los trabajadores. Las asociaciones cristianas de trabajadores deben ser «vivero de las virtudes sociales, de la rectitud, de la fidelidad, del hacer las cosas a conciencia». Así «procurarán a las otras instituciones sus mejores miembros, sus más seguros dirigentes, hombres y mujeres, que sabrán despertar y mantener vivo el espíritu de responsabilidad y de solidaridad», sin el cual ninguna obra, por buena que sea, puede prosperar.

Se ha dicho que las instituciones son lo que son sus hombres. Actualmente existen múltiples instituciones culturales, de previsión, asistenciales, laborales, en las que tienen o deberían tener entrada los trabajadores. Si las clases obreras se preparan socialmente y actúan en estas instituciones, un hábito de vida las informará y los primeros beneficiados serán los mismos trabajadores.

Sus relaciones con los Sindicatos

El Sumo Pontífice hace referencia al caso específico de Italia, en donde se había constituido hacía poco la unidad sindical, no por fuerza de la ley, sino por mutuo acuerdo de los grandes bloques obreros. El Papa insiste en que las renunciaciones que se hicieron «por parte de los trabajadores cristianos no acarreen daño a su causa, sino que consigan el fruto esperado por todos los trabajadores».

A continuación, Pío XII resume admirablemente las relaciones entre ambas agrupaciones y hasta qué punto puede permitirse esta colaboración con un sindicato nacido fuera del cauce cristiano. «Esto supone, como condición fundamental, que el sindicato se mantenga dentro de los límites de su finalidad esencial, que es la de representar y defender los intereses de los trabajadores en los contratos de trabajo. En el ámbito de este oficio, el sindicato, naturalmente, ejerce un influjo sobre la política y sobre la opinión pública; pero no podría ir más allá de aquel límite sin ocasionar graves perjuicios a sí mismo. Si alguna vez el sindicato, como tal, en virtud de la evolución política y económica, viniese a ejercer casi un patronato o derecho de disponer libremente del trabajador, de sus fuerzas y de sus bienes, como en otras partes sucede, el concepto mismo del sindicato, que es una unión para la propia ayuda y defensa, quedaría alterado o destruido. Puestas estas premisas, el sindicato y las asociaciones cristianas de trabajadores tienden a un fin común, que es el elevar las condiciones de vida del trabajador» (11-III-1945).

Analicemos ahora la misión de las asociaciones objeto de nuestro estudio, en las hipótesis de un régimen de libertad o de unidad sindical. Seguimos en esto las ideas vertidas por el Excmo. Sr. Dr. D. Vicente Enrique Taran-

cón, Obispo de Solsona, en la lección que tuvo en la Semana Social española de 1955¹.

En la primera hipótesis: *libertad sindical*, esta misión se puede concretar en tres puntos:

1) Impulsar a sus miembros a afiliarse en un Sindicato. Para ello es preciso convencerles de la necesidad de agruparse los hombres entre sí y mucho más cuando hay bienes comunes en peligro.

2) Formar a sus miembros para que sepan escoger aquel sindicato que ni ponga en peligro su fe, ni defienda doctrinas contrarias a las sustentadas por la Iglesia. Caso que no haya ningún sindicato que reúna estas condiciones, entonces deberán intensificar la formación de sus miembros para que sean capaces o de constituir por sí mismos un sindicato con sanos principios o, si esto fuera imposible, el valerse de los existentes y aun actuar en ellos sin que peligre su fe y tendiendo a mejorar sus doctrinas malsanas.

3) En ningún caso pueden estimular la lucha de clases. Podrán y deberán estimular el sentido de clase, el orgullo de sentirse trabajadores, el deseo de poder alcanzar puestos dirigentes en la sociedad, pero todo esto sin odiar a quienes los ocupan actualmente. El aprecio de los propios valores no debe ser tan exagerado que lleve consigo el desprecio de los auténticos valores de los demás.

En la hipótesis de *unidad sindical*, concretemos su misión en cuatro puntos:

1) Evitar el absentismo obrero del sindicato. Cuando el hombre no considera una cosa como suya, generalmente se abstiene de intervenir en ella. Este es el peligro que puede existir en un régimen sindical más o menos impuesto desde arriba. Esta apatía obrera puede estar incrementada por la pasividad del Sindicato en la defensa de los intereses de sus miembros; pero aun así el obrero tiene el deber de incorporarse activa y lealmente al sindicato como medio para defender en lo posible sus intereses y los de sus compañeros, y colaborar a la paz social. Una colaboración leal en todo aquello que no sea intrínsecamente malo le da derecho a exigir. El absentismo no le da derecho a nada.

2) Formar a sus miembros para que realmente influyan en el sindicato único, y con influencia eficaz, que logre la finalidad del sindicato, sin desviaciones políticas de partido o de intereses mezquinos. Si se tienen los principios bien claros se pondrán todos los medios para influir realmente. Puestas las premisas, los afiliados deben sacar por su cuenta las consecuencias en cada caso particular.

3) Urgir la obligación de elegir a los mejores para los cargos sindicales.

4) Deben formar de tal modo a sus miembros que sean capaces de resistir el halago de las mil ocasiones que se les pueden presentar, una vez

¹ Cfr. «La Moral Profesional». Semanas Sociales de España. XV Semana. Salamanca, 1955.

encumbrados en cargos sindicales, para hacerles desertar de sus ideales obreros y aun cristianos.

Quizá alguno crea que esta misión debería completarse en el sentido de preparar a sus miembros para un régimen de libertad sindical. No es misión de las asociaciones de carácter apostólico el crear por sí mismas asociaciones profesionales representativas con fines reivindicativos. La asociación como tal no puede tener esta misión directamente. Sus miembros pueden capacitarse lo mejor posible pensando en un futuro de libertad sindical, pero su modo de proceder debe estar desligado por completo de la asociación. Dentro del catolicismo caben muchos matices: no debe darse ninguno determinado a la Acción Católica.

Si las asociaciones cristianas de trabajadores han formado debidamente a sus miembros, con facilidad caerán en la cuenta los individuos, que, aun deseando llegar a un régimen de libertad sindical, no podrán hacer nada mejor que iniciarse actuando dentro del sindicato único. No se puede ni debe colaborar con el error, en lo que es erróneo, pero en el campo de lo que no es intrínsecamente malo, aunque quizá sea menos deseable, colaborar «pro bono pacis» o en orden al bien común, o en orden a un futuro mejor, suele traer consigo mayores bienes que la posición contraria.

Pío XII cita la actuación de los trabajadores italianos en este sentido. «Los dirigentes del nuevo sindicato único han reconocido la altísima aportación espiritual que los trabajadores católicos han traído a la obra de la Confederación, y han rendido homenaje al aliento de espiritualidad que infunden en la misma Confederación para el bien de todo el movimiento obrero». La colaboración no impidió que llegado el momento de cambiar el régimen sindical los trabajadores católicos estuvieran preparados para la libertad. ¿Lo hubieran estado si durante los días de la unidad se hubieran aislado?

Termina el Papa resumiendo la misión de este modo: «Así comprenderéis qué importante deber y obligación de impulso, de vigilancia, de preparación y de perfeccionamiento corresponde a las asociaciones cristianas de trabajadores, por lo que toca al trabajo sindical» (11-III-1945). Luego sea cual sea la hipótesis sindical que se dé en la realidad, las asociaciones cristianas de trabajadores tienen una altísima misión: *formar* a los hombres que deben dirigir estas instituciones, que deben llevar el espíritu del Evangelio y hacer prevalecer los principios de la justicia según el orden establecido por Dios en el mundo, sobre la fuerza puramente mecánica de las organizaciones; los principios del amor y de la caridad sobre el odio de clases.

Como resumen, podemos citar dos párrafos del Manual de la JOC: «La educación sindical cristiana no puede quedar puramente teórica, sino que debe ser activa y positiva; debe hacer participar a los jocistas en la vida, en la acción y en la organización sindical». «Esta participación en la vida sindical no puede poner en peligro la formación, la acción y la organización

jocistas, que permanecen independientes de la acción sindical y abrazan toda la vida de los jóvenes trabajadores»².

Relaciones con la Política

En lo que a la política se refiere, Pío XII señala la inutilidad de las leyes e instituciones, si se vive con el temor de la arbitrariedad y del subjetivismo de los empleados públicos o del juego de poderosos grupos organizados. Es necesario «que se promueva la promulgación de buenas leyes y la formación de instituciones adoptadas a los tiempos», dejando a un lado las frases huecas y las palabras engañosas, para que la generalidad de los hombres se sientan apoyados y sostenidos en sus legítimas exigencias y esperanzas.

Paralelamente a esta labor «es necesario formar una opinión pública que, sin buscar el escándalo, señale con franqueza y valor las personas y las circunstancias que no se conforman con las leyes e instituciones justas o que deslealmente ocultan la realidad». «Para formar esta opinión pública no basta poner en mano de los ciudadanos una papeleta de voto u otros medios semejantes, es necesario formar a los hombres, darles medios para acrecentar sus energías internas y la ferviente voluntad de contribuir a influir, con una sana moral, en todo el orden público» (1-V-1955). He ahí la tarea de las asociaciones cristianas de trabajadores a este respecto.

Lo doctrinal coincide totalmente con la realidad. Muestra de ello la hallamos en la declaración de principios publicada por la JOAC en su Boletín de 1 de marzo de 1956:

1) La JOAC tiene como fin formar jóvenes obreros cristianos y lanzarles a la acción apostólica misionera por la recristianización de la masa trabajadora. *En cuanto organización de la Iglesia nunca puede intervenir en una acción política.*

2) La misión de la JOAC dice relación con la extensión del Cuerpo Místico, el reinado social de Jesucristo y la evangelización de los ambientes de vida, lo cual, *sin invadir ningún campo extraño, sino desde su misma función santificadora*, deberá denunciar la injusticia, el pecado individual y colectivo, y el error en todas sus formas, dando con ello *un cristiano testimonio de Verdad y Amor.*

3) La JOAC, que trabaja con hombres concretos, de aquí y ahora, sobre los que pesa la doble responsabilidad de sus deberes cristianos y ciudadanos, se preocupa de dar a sus miembros la luz y la fuerza necesarias para que puedan *vivir en cristiano* sus tareas temporales dentro de las estructuras políticas, sociales, sindicales, económicas...

Si en cuanto Organización tiene que estar siempre al margen de toda política, forma, en cambio, a sus militantes y adheridos para que *cada uno de ellos*, incorporado libremente a cualquiera de los varios programas que el

² Segunda edición, pág. 326.

amplio campo de los principios católicos permite, pueda realizar en cristiano los deberes que su vocación temporal le impone.

4) Y les hace ver que el cumplimiento de los mismos grava su conciencia de modo que, en cuanto cristianos que son, miembros de la Iglesia, están obligados muy seriamente a no desertar de los campos políticos y social en cualquiera de sus formas. Más aún: a trabajar positivamente en ellos como una exigencia, incluso, de su condición sobrenatural.»

Relaciones con lo temporal

El apartado 2) nos introduce en una dificultad que puede presentarse: *La acción apostólica ¿debe desentenderse de lo temporal?* Pío XII nos dice que «el amor hace latir sus corazones, el mismo amor que hizo latir el corazón de Cristo, la solicitud por la defensa y respeto de la dignidad del trabajador moderno y el celo activo para ponerle en condiciones de vida material y social en armonía con tal dignidad» (1-V-1956). Luego la preocupación por lo material entra dentro de la misión de las asociaciones cristianas de trabajadores.

Leemos en un Editorial de «Ecclesia» (25-VIII-1951): «El apostolado católico del obrero por el obrero no puede realizarse desentendiéndose de la cuestión social, haciéndose cómplice, siquiera sea con el silencio, de las injusticias sociales, desconociendo las necesidades materiales de los trabajadores, invitándoles tan sólo a levantar la vista al cielo para que no reparen en sus manos vacías». No hay que llevar a Cristo a la masa trabajadora ni por la fuerza ni por el engaño, sino por la convicción y el amor. Sería engaño el atender al alma olvidando el cuerpo. Querer llevar a Cristo a la masa trabajadora velando las injusticias sociales sería hacer realidad la frase marxista de que «la religión es el opio del pueblo». Poner de manifiesto estas injusticias, preparar a los hombres que sepan reconocerlas y remediarlas en lo que esté en su mano, no es invadir campos ajenos. Las asociaciones cristianas de trabajadores son asociaciones humano-apostólicas, y por tanto persiguen fines humano-apostólicos con medios proporcionados.

«La Iglesia no se limita a invocar este orden social más justo, sino que indica también sus principios fundamentales, exhortando a gobernantes, legisladores, patronos y directores de empresa a ponerlos en práctica» (1-V-1955). Por lo tanto, la Iglesia y sus asociaciones no pueden quedarse en el terreno de los puros principios, pueden y deben pasar a convertirlos en operantes, sin que esta actuación sea en menoscabo de su misión divina o traspase los límites de su actuación en bien de las almas. Poner de manifiesto las injusticias de la sociedad con espíritu de crítica constructiva es labor muy propia de un cristianismo auténtico. El Evangelio está lleno de ejemplos semejantes, ya por boca del Precursor, ya del mismo Divino Maestro.

Relaciones con el Movimiento Obrero

Mons. Ancel define el Movimiento Obrero como «la participación de la clase obrera en el progreso general de la humanidad»³. El comunismo quiere conducir este movimiento obrero, pero en realidad no es más que una parte del mismo. El cristianismo también tiene su puesto de honor. Los obreros belgas han sido los que han organizado mejor el movimiento obrero dentro del campo católico: ha sido uno de los grandes frutos reportados por la JOC, que preparó a los hombres que hicieron posible la hermosa realidad del MOC.

Dentro del movimiento obrero se hallan, pues, el comunismo y el cristianismo. Ambos se disputan la dirección del mismo. «Los trabajadores cristianos, impulsados por los eternos principios y sacando de la fe y de la gracia la suave fuerza necesaria para superar los obstáculos, no están quizá lejos del día en que podrán ejercitar el oficio de guías en medio del mundo del trabajo. ¿Y por qué no? La doctrina sana que profesan, los rectos sentimientos que los animan son otros tantos títulos legítimos para llegar a ser los guías del movimiento obrero en la actualidad» (1-V-1956).

El movimiento obrero se propone fines económicos y contingentes, pero aun así, ligados íntimamente con el destino sobrenatural del hombre con su conjunto de derechos y deberes naturales de los que no se puede prescindir. La Internacional comunista, nacida como autodefensa ante las injusticias capitales, prescinde de los valores espirituales e intenta sostener el movimiento obrero sobre la base movediza de lo contingente. Las asociaciones cristianas de trabajadores son las que deben fundamentar el movimiento obrero. No han nacido para fracturarlo, sino para robustecerlo; prueba de ello está en que «están dispuestas a abrir las puertas a todos, animadas del deseo de establecer contactos cada vez más amplios con aquellos que pertenecen al mundo del trabajo, más para dar que para recibir» (1-V-1956). Muestras elocuentes de ello han sido la extensión a todos de la Fiesta del Trabajo, y la concentración milanesa del último 1 de mayo en la que hallábase representaciones de diversos países. Sobre la unidad internacional imaginaria de la clase obrera, las asociaciones cristianas de trabajadores presentan ahora la unidad perenne del cristianismo. «Quienes se sintieren intranquilos sobre el indiscutible fundamento de vuestra unidad, que no ha sido superada por ningún desarrollo histórico, no son aptos para capitanear las ACLI en su misión de ser fermento, en el sentido evangélico, para el mundo obrero» (1-V-1956).

Las asociaciones cristianas de trabajadores, unidas a otras organizaciones obreras que de alguna manera admiten los principios cristianos, constituyen el Movimiento Obrero Cristiano, que a su vez forma parte del movi-

³ *El Movimiento Obrero*. Mons. ANCEL. Publicaciones «Yunque», núm. 3.

miento obrero general, en el que también participan otras ideologías. Si queremos que este Movimiento Obrero Cristiano no se vea absorbido, antes logre absorber las mentalidades erróneas, es necesario que el Cristianismo se viva íntegramente, que trascienda a las estructuras todas del mundo actual, sin olvidar las económicas. El Movimiento Obrero Cristiano triunfará si demuestra que no es sólo una forma de pensar, sino también una forma de vida que se vive no sólo en el campo obrero, sino que trasciende a todas las clases sociales. De ahí la necesidad de pensar en un nuevo orden social.

III. *Ante un nuevo orden social*

El Papa examina un nuevo aspecto. *¿Qué parte tendrán las Asociaciones Cristianas de Trabajadores en el establecimiento de un nuevo orden social?* «Ha llegado el momento de abandonar las frases vacías y de pensar con la «Quadragesimo anno» en una nueva ordenación de las fuerzas productivas del pueblo..., que se convierta en el fundamento de un orden económico mejor, de una sana y justa autonomía, y abra a las clases trabajadoras el camino para adquirir su parte de responsabilidad en la conducción de la economía nacional». «Crear este sentido de solidaridad, segura garantía de rectitud y paz social, reside en el espíritu del Evangelio y afluye hacia vosotros del corazón del Hombre-Dios, salvador del mundo» (11-III-1945). En estas frases está latente la idea de la organización profesional de la sociedad, el Corporativismo. El que nace espontáneamente del pueblo es el mejor, pero también el más difícil de llevar a la práctica, ya que supone mucha cultura, mucho sentido del prójimo, lucha constante contra el egoísmo. Si se quiere pensar en hacer realidad este deseo pontificio de organizar profesionalmente la sociedad, de crear una auténtica democracia orgánica, utilizando incluso como base, si se cree oportuno, instituciones ya existentes, se requiere ir preparando los hombres, la mentalidad de las generaciones. El régimen corporativo es incompatible con la incultura, con el individualismo. Buena tarea a desarrollar por las asociaciones cristianas de trabajadores. Para inculcar este espíritu y hacer realidad una sociedad que lo viva es necesaria la formación de la clase trabajadora.

Formación de la clase obrera

«La formación religiosa del cristiano, y en especial del trabajador, es uno de los principales oficios de la acción pastoral moderna». «La verdadera y profunda instrucción de los adultos es una necesidad de primer orden». Si la clase trabajadora se halla necesitada de cultura en general, ciertamente que todavía se halla más necesitada de cultura religiosa. Insiste Pío XII en la necesidad de una formación metódica, atractiva y siempre adaptada a las circunstancias locales, evitando que se vea entorpecida por las ambiciones particulares o las rivalidades entre grupos particulares (1-V-1955).

El punto central de formación obrera en el método jocista, seguido actual-

mente por la mayoría de las organizaciones apostólicas, radica en las encuestas tripartitas del *ver*, *juzar* y *actuar*, que consiguen alejar por una parte el inconsciente optimismo, que prescinde totalmente de la realidad, y por otra, la tendencia todavía menos apostólica a un pesimismo perezoso y deprimente. Complemento de las encuestas son las «revisiones de vida», auténtico «Capítulo» o «Ejercicio de faltas» de nuestros militantes obreros, que evitan así la palabrería, los propósitos incumplidos, el aburguesamiento, y labran en su alma virtudes tan sociales como la sinceridad y la generosidad. A través de sus «planes cíclicos» se va formando el militante hasta poder lanzarlo de lleno a la conquista de la masa trabajadora para Cristo y de un sano bienestar para todos.

Se procura infundir en el alma del trabajador un profundo sentido sobrenatural de hijo de Dios, un alto aprecio de su condición obrera, un sentir hondamente, con toda su fuerza, la dignidad de la persona humana que lleve consigo el respeto de sí mismo y de los demás. Un militante católico obrero se presenta a sí mismo: «Obrero peón de Altos Hornos, por la gracia de Dios...».

La formación que se da a los militantes de estas asociaciones es una formación activa: ellos son los que las dirigen, los que las llevan adelante defendiéndolas de las malas inteligencias, haciéndolas prosperar a costa de horas de reposo y de hacer más austera su vida... La clase trabajadora pide responsabilidades en la hora actual: la Iglesia apoya esta justa pretensión. Las asociaciones cristianas de trabajadores preparan a sus hombres responsabilizándolos ya desde el primer momento: son una escuela activa.

Toda la formación del militante obrero católico lleva un sello característico: la orientación hacia su vida obrera. Hay que hablarles de Dios, pero con vistas a su persona, a su vida, a sus responsabilidades... Hay que formarles hablándoles de sus problemas, de hacerles vivir su formación religiosa, social, apostólica... Mejor todavía, ellos mismos en «equipo» se ayudan mutuamente, se suscitan amistades sobrenaturales, apostólicas, misioneras... Aprenden a amarse, a defenderse, a hacerse bien unos a otros... Con la fuerza del espíritu, del corazón, del amor a Cristo van a la conquista del mundo.

Mística Obrera Cristiana

Su formación sobrenatural, su cristianismo «a los primeros siglos», les hace vivir intensamente una mística que contrasta con el materialismo de la hora actual. La mística marxista se combate infundiendo mística cristiana en el alma de nuestros trabajadores. A las demás clases sociales toca ser consecuentes con esta formación: el militante obrero desprecia los actos externos si no nacen de lo interno. Cuando ve la exuberancia de actos piadosos en otras esferas sociales, y el poco eco que tienen en la fidelidad de una vida honrada, siente hervir su sangre muy justificadamente, siente una terrible lucha entre su espíritu cristiano de amor a todos, y su sentimiento de justicia y sinceridad, y con los resabios de un pasado de odio, de promesas

incumplidas, tiene que hacerse violencia para ahogar los brotes de una lucha de clases, que de estallar de nuevo quizá el menos culpable sería él mismo.

¿Cofradías?

El militante obrero, que vive la mística cristiana, se entusiasma por Cristo y se entrega a una vida sobrenatural intensa, pero en ningún modo desligada del apostolado directo. Con todo, no son raras las asociaciones obreras cristianas cuya misión se encamina sólo al individuo, al perfeccionamiento espiritual de sus miembros, al culto divino. Es el caso de las cofradías, tan extendidas en algunas regiones españolas, es también el caso de asociaciones apostólicas que se han estancado en un estadio pietista, o a lo sumo mantienen cierto apostolado paternal con clases todavía más inferiores: proletariado de suburbios generalmente, pero que no realizan directamente ningún apostolado horizontal.

Indudablemente que tal modo de proceder es bueno y no hay razón alguna para impedir la creación y desarrollo de tales asociaciones, cuyos fines son excelentes. En cierto modo corresponden a los religiosos de vida contemplativa o dedicados al culto divino, tan necesarios en nuestra sociedad materializada. Sin embargo, salvo vocaciones muy claras y específicas y dignas de todo encomio, los tiempos actuales piden también militantes que actúen como fermento en la masa. La fermentación no se alcanzará sin oración y penitencia, pero es cierto que Dios Nuestro Señor no suele actuar directamente, sino que suele emplear las causas segundas, y éstas, hoy, son el apostolado del obrero por el obrero. Es, por lo tanto, del todo necesario que el militante obrero esté bien formado, que sepa actuar, que sepa dar el testimonio vivo de su fe, que sepa resistir los embates del egoísmo y del materialismo. Esta es la tarea de las asociaciones de carácter apostólico.

Desviar vocaciones contemplativas sería hacernos cómplices del materialismo. Obligar a la clase trabajadora a ser sólo «contemplativa», a organizarse sólo en cofradías, sería desear mantener una «capitismidimutio» que clama al cielo, o por lo menos sería no tener conciencia de la realidad social de la segunda mitad del siglo XX.

EPILOGO

«La primera y más importante lección que debe proclamarse —dice San Pío X—, es que siempre, al lado de los sindicatos, existan también asociaciones encargadas de dar a sus miembros una sólida formación religiosa y moral, a fin de que éstas infundan a su vez en las organizaciones sindicales el buen espíritu que debe animar toda su actividad. Así acaecerá que estas asociaciones ejercerán una influencia que traspase el estrecho círculo de sus miembros» («Singulari Quadam», 24-IX-1912). Pío XII añade deben tender «a la formación de trabajadores eminentemente cristianos, que siendo igualmente excelentes por su capacidad en el ejercicio de su arte y por su

profundidad religiosa, sepan armonizar la firme tutela de los intereses económicos con el más estricto sentido de la justicia y con el sincero propósito de colaborar con las demás clases sociales en la renovación cristiana de toda la vida social» (29-VI-1948).

Las asociaciones cristianas de trabajadores son las encargadas de evangelizar el mundo obrero, de extender en la clase trabajadora los frutos de la Redención. Todos los hombres han sido redimidos por Jesucristo: todos sin excepción han de ser evangelizados. La respuesta al llamamiento divino es en sí misma estrictamente personal, pero el ambiente influye profundamente en la respuesta personal del hombre. De ahí la importancia de la evangelización en el propio ambiente, del apostolado del obrero por el obrero. Los obreros individualmente, y con mayor efectividad asociados, son los primeros y principales apóstoles de sus compañeros de trabajo, pero no los únicos: a esta labor evangelizadora están llamadas todas las clases de la sociedad.

En primer lugar los sacerdotes, que dejando si es preciso, a ejemplo del Divino Maestro, las noventa y nueve ovejas, vayan en busca de la que se descarrió. Después los religiosos y seglares, cada uno según sus posibilidades, actuando en toda su vida de forma que su conducta no aparte a los trabajadores de la Iglesia: como si tuviera que ser juzgada no sólo ante el tribunal de Dios, sino también ante el tribunal de quienes diariamente sufren el peso de la injusticia, la incompreensión, la humillación... El ejemplo de vida cristiana de las clases pudientes y dirigentes es una predicación eficazísima y una acción social muy beneficiosa. Cumplimiento de la doctrina social de la Iglesia en las empresas, facilitando a los trabajadores el que puedan realmente aumentar su cultura. No imponer a la clase trabajadora lo que conviene y da buenos frutos en otras esferas: acomodarse a su manera peculiar de ser. Saber comprender a nuestros hermanos. He ahí amplia tarea para quienes queremos ser auténticos seguidores de Cristo en el siglo actual...

Las asociaciones cristianas de trabajadores son la presencia de la Iglesia en el ambiente obrero. A su vez son la presencia de la clase trabajadora en la Iglesia. Un día no lejano lograrán cristianizar el mundo del trabajador.

Luis Antonio SOBROCA, S. I.

